



## Homilía

# XXV Aniversario Coronación Canónica de Nuestra Señora de las Montañas

Villamartín, 4 de septiembre de 2010

*Querido Sr. Párroco, D. José Manuel; hermanos sacerdotes y seminaristas; saludo y agradezco al Sr. Alcalde y a la Corporación Municipal la colaboración prestada para que este acto se celebre en este entorno tan singular; junta de gobierno de la Hermandad de Ntra. Sra. de las Montañas; representantes de instituciones locales; queridas familias y hermanos todos que habéis querido reuniros en esta hermosa plaza en torno a la Virgen para evocar, agradecidamente al Señor, aquel acontecimiento -grandioso y entrañable "para todo el pueblo"- como fue la coronación canónica de la bendita imagen de la Virgen, que hoy nos preside.*

Como sabéis la coronación canónica viene siempre a confirmar la antigüedad de la devoción a una imagen, por eso celebrar estos veinticinco años es rubricar aún más el amor que profesa nuestro pueblo de Villamartín a su Madre la **Virgen de las Montañas**. Estos veinticinco años nos llevan a mirar atrás, a plantearnos el presente y el futuro.

Ante esta celebración es lógico dirigir la mirada hacia el pasado y descubrir la bendición que ha supuesto para nuestro pueblo la devoción a la Bendita Virgen de las Montañas. Esa mirada al tiempo transcurrido, conlleva reparar en:

*¡Cuántos hermanos habrán obtenido consuelo y ánimo de nuestra Madre y ¡Cuántos padres tendrán hoy reconstruido sus matrimonios gracias a que acudieron a Ella para que el agua de sus egoísmos se convirtiera en el vino de la comunión! ¡Cuántos enfermos habrán encontrado alivio y esperanza mirando la cara de la Virgen de las Montañas! y ¡Cuántos moribundos sentirían la fuerza y el apoyo de María para -como San Juan- afrontar juntos el momento de la cruz! ¡Cuántos han peregrinado a la ermita de la Virgen para interceder por familiares y amigos que necesitaban de sus peticiones!*

Como veis hermanos, ante nuestra Madre y junto a Ella no tenemos más remedio que dar gracias por este árbol bendito que Dios plantó en las Montañas de Villamartín, al igual que situó el "**árbol de la vida**" en medio del Paraíso. ¡Gracias, Señor, por darnos esta Madre que ha sido -a lo largo de los siglos- y sigue siendo el consuelo y el apoyo para tantos hombres y mujeres de nuestro entorno!

Al mismo tiempo esta celebración debe ser una renovación de nuestra fe en Cristo, nuestro Salvador; de nuestro amor a María, su Madre, para nosotros representada en esta imagen de la Virgen de las Montañas; y de nuestro agradecimiento al Señor que nos hace sentirnos Iglesia, familia de Dios y hermanos en Cristo.

Esta celebración es una llamada a todos a abrir nuestro corazón al Hijo de María. Hoy más que nunca tenemos necesidad de acoger a ese Niño que nos presenta su Madre, humilde y pequeño, pues, como afirma Benedicto XVI en su reciente carta a los jóvenes:

*«La cultura actual, en algunas partes del mundo, sobre todo en Occidente, tiende a excluir a Dios, o a considerar la fe como un hecho privado, sin ninguna relevancia en la vida social. Aunque el conjunto de los valores, que son el fundamento de la sociedad, provenga del Evangelio –como el sentido de la dignidad de la persona, de la solidaridad, del trabajo y de la familia–, se constata una especie de “eclipse de Dios”, una cierta amnesia, más aún, un verdadero rechazo del cristianismo y una negación del tesoro de la fe recibida, con el riesgo de perder aquello que más profundamente nos caracteriza.»*

Efectivamente, nos reconocemos dentro de esa misma cultura. Sin embargo, nosotros tenemos cerca a la Virgen de las Montañas. Ella mostrando a su Hijo en los brazos nos confirma que es el encuentro con el Hijo de Dios el que proporciona un dinamismo nuevo a toda la existencia (cf. “Deus caritas est” nº 1).

Podemos con María **“levantar nuestros ojos a los montes y –como nos dice el Salmo- experimentar el auxilio que nos viene del Señor”**: sólo con Cristo a nuestro lado podremos afrontar con valentía y esperanza las dificultades, los problemas, también las desilusiones y los fracasos. Él es el auténtico amigo con quien podemos compartir el camino de nuestra vida. Porque El es **“la Palabra hecha carne”** (Jn 1, 14). Se hizo hombre como nosotros para ofrecernos en su vida un verdadero **“camino”** que conduce al Padre y un lugar de **“encuentro”** entre los hombres.

Hoy **María** nos grita que sólo la Palabra de Dios nos muestra la auténtica senda, sólo la fe que nos ha sido transmitida es la luz que ilumina al hombre en toda la grandeza de su ser. Frente a un mundo que predica el individualismo y exalta el yo como camino de felicidad, la Palabra de Dios nos invita a todo lo contrario, a negarnos a nosotros mismos para poder entrar en los caminos del amor que es la verdadera felicidad para el hombre. Jesús es la Verdad, frente a un mundo que nos invita a vivir en la mentira de la soberbia, al querer construir un mundo sin Dios.

Precisamente, a lo largo de la vida, el tramo más difícil es siempre el **“camino de la Cruz.”** Pero el cristiano, como Jesús, no huye ante ella. Lo hemos escuchado en el Evangelio: **“quien no toma su cruz y me sigue no puede ser discípulo mío”**. Cristo nos invita a entrar en la cruz. A entrar en la verdad. La verdad de que el hombre no es Dios. La verdad de que el mundo sin Dios se convierte en un **“infierno”**, donde prevalece el egoísmo, las divisiones en las familias, el odio entre las personas, la falta de amor, de alegría y de esperanza...

Frente a esto coger la cruz es afirmar que no estoy solo en el mundo; es saber renunciar a ser el centro del universo y querer que todo y todos giren en torno a mí; antes bien, es afrontar que somos responsables de los demás, especialmente de los más débiles e indefensos. Con Cristo es posible abrazar cada uno su propia cruz y con Él tomar conciencia de la necesidad que tenemos de construir una civilización del amor, donde todos sean respetados en su dignidad y pueda ser posible la comunión, la solidaridad y el amor entre los hombres.

En definitiva, también nosotros como Jesús, en el camino de la cruz nos encontramos con María, nuestra Madre. Para nosotros **Ntra. Sra. de las Montañas**. Ella nos anima a estar abiertos a la voluntad de Dios; a no tener miedo a nada ni nadie; pues **“nadie podrá apartarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús”** (Rm 8, 39). Son palabras de San Pablo que se iluminan mirando el rostro de la Virgen.

A Ella nos encomendamos, sabiendo que de su mano recibimos **“el auxilio que viene del Señor”**, como tantas veces habréis experimentado y guardáis escrito en el corazón. Así sea.

**+ José Mazuelos Pérez**  
Obispo de Asidonia-Jerez